



1984: ¿SE CUMPLEN LAS PREDICCIONES DE ORWELL?

por *Manuel Calvo Hernando*

Nos acercamos a 1984, el año terrible de esa sociedad anticipada por George Orwell y que constituye una de las más siniestras predicciones de nuestro tiempo. De nuevo, y como en 1948, cuando fue publicado el libro, nos invaden la desesperanza y el pesimismo ante el futuro, y están entrando en nuestra vida cotidiana algunas de las innovaciones vislumbra-
das en 1984 como posibles instrumentos en contra de la persona humana y de la libertad individual: amenazas electrónicas a la intimidad, utilización abusiva de los medios de comunicación, subversión del lenguaje, guerras permanentes, etc.

Y en lo que se refiere a la innovación electrónica, cámaras, fijas o móviles, con mando a distancia manejado desde un control; microemisores o analizadores de líneas telefónicas, detectores de increíble sensibilidad; barreras infrarrojas; radares y toda clase de aparatos de gran complejidad y miniaturizados hasta extremos increíbles, lo que hace cada vez más fácil su adquisición, y la mayor parte de los cuales pueden relacionarse con un ordenador, lo que incrementa de modo inimaginable su capacidad de integración, localización y manipulación. Utilizando estas y otras líneas de desarrollo, los sistemas de alerta se

están convirtiendo en sistema de detección y registro de hechos, palabras y hasta gestos del individuo en su lugar de trabajo e incluso en su propia casa. Este conjunto de mecanismos basados en la electrónica y en la automática puede muy bien llamarse «El Gran Hermano», y sólo de cómo sea empleado dependerá el que esta denominación tenga o no el sentido fatídico que se le asigna en la novela de Orwell.

El año 1984 está a la vuelta de la esquina, con sus resonancias escalofrantes. Parece oportuno preguntarse, treinta años después de su publicación, qué es lo que de aquel terrorífico catálogo de amenazas se ha hecho realidad o proyecto avanzado, en virtud de los avances de la tecnología, y en qué aspectos cabría esperar —o temer— un desarrollo futuro, a corto o largo plazo.

Pero antes creemos que podría ser útil recordar, aunque sólo sea a grandes rasgos, la sociedad totalitaria que Orwell presentaba en su libro. La acción se desarrolla en Londres, capital entonces, de Oceanía, que a su vez era parte de uno de los tres grandes imperios en que se había dividido la Tierra después de la última guerra nuclear. Una idea del tipo de sociedad que Orwell describe puede obtenerse con la descripción del sistema gubernamental, estructurado en cuatro ministerios.

El Ministerio de la Verdad, dedicado a las noticias, los espectáculos, la educación y las bellas artes y donde, paradójicamente, la mentira constituye el instrumento de mayor uso.

El Ministerio de la Paz, para los asuntos de guerra (Oceanía está en permanente conflicto bélico con cualquiera de los otros dos imperios).

El Ministerio del Amor, encargado de mantener la Ley y el Orden, y donde, naturalmente, se practican todo tipo de torturas con las tecnologías más avanzadas y complejas.

El Ministerio de la Abundancia, al que corresponden los Asuntos Económicos y, por tanto, es el que administra la escasez.

La ideología de la sociedad orwelliana está resumida en las tres grandes consignas del Partido, que figuran, en carteles gigantescos, en la terraza del Ministerio de la Verdad: *La guerra es la paz. La libertad es la esclavitud. La ignorancia es la fuerza.* La descripción de esta ideología se completa con las expresiones que, en el nuevo lenguaje de aquella sociedad dictatorial, señalan los modos de actuar del Estado en relación con las personas: criminal (es decir, crimen mental, o sea, delinquir con el pensamiento); paracrímen (facultad de cortar en seco, de un modo casi instintivo, todo pensamiento «peligroso» que pretenda salir a la superficie); policía del pensamiento (responsable de la vigilancia mediante análisis de la conducta familiar, las distracciones, las palabras que murmura durmiendo y hasta los movimientos característicos de su cuerpo); mutabilidad del pasado (los acontecimientos pretéritos no tienen existencia objetiva; sólo la mente del Partido, que es colectiva e inmortal, puede captar la realidad); piensabién (los ortodoxos por naturaleza, desde el punto de vista del Estado); vidapropia (alguien caracterizado por su individualismo y a quien, por tanto, se le tacha de excéntrico en el contexto igualitario de la sociedad).

Si a todo esto añadimos los Dos Minutos de Odio cada día y la Semana del Odio, una vez al año, nos habremos aproximado a la imagen de aquella sociedad que, en algunos aspectos, no está, por desgracia, tan alejada de la realidad en ciertos países.

LA REVOLUCION ELECTRONICA

Como se ha reconocido más de alguna vez, la electrónica conmociona, revoluciona, acelera y puede traumatizar. Y ya se empieza a detectar que la información remunerada será una de las ocupaciones más importantes y productivas de las próximas décadas. Los analistas creen, por ejemplo, que en los Estados Unidos, dentro de un cuarto de siglo (o quizá antes, teniendo en cuenta el variable ritmo de la aceleración en este campo), la mitad del producto nacional bruto estará constituido por las actividades relacionadas con el conocimiento y la información.

Vivimos en una época en que es tecnológicamente posible transmitir, almacenar y recuperar todas las ideas, todas las experiencias, todos los acontecimientos. Llegará un momento en que cada hombre pueda ser su propia emisora, aunque, por otra parte, la aldea mundial que McLuhan predijo parece todavía muy remota. Teilhard de Chardin, que en tantos aspectos ha tenido intuiciones casi proféticas, hablaba en *El porvenir del hombre* de una especie de conciencia etérea formada por la red de comunicaciones. Y Alvin Toffler, en *La tercera ola*, acuña el término «telecomunidad» para indicar que uno de los pasos clave que pueden darse para evitar ese desafío dramático y estéril de los desplazamientos cotidianos con fines laborales consiste en crear un sentido de comunidad mediante la sustitución selectiva del transporte por la comunicación. Y añade: «Es ingenuo y simplista el temor popular de que las computadoras y las telecomunicaciones nos priven de contacto directo y hagan más distantes y de segundo grado las relaciones humanas. De hecho, puede muy bien que ocurra lo contrario.» Sin embargo, permanece vigente el temor de que las nuevas tecnologías incrementen el aislamiento social de los seres humanos y reduzcan las reuniones públicas, el «entretenimiento en vivo», la vida de la calle y de los que habitualmente llamamos «lugares de esparcimiento».

El hogar puede volver a convertirse en el centro y eje de la vida individual y familiar. Los arquitectos piensan ya en cómo distribuir, en las nuevas viviendas, los sistemas de electrónica de consumo, y, por lo pronto, anuncian dos posibilidades: la concentración y la fragmentación. La primera sería el «mural audiovisual», que reuniría la totalidad de los elementos de la que Richard Clavaud llama «la cadena videomática»: televisión, magnetoscopio, juegos de video, alta fidelidad, telemática, microordenador, etc. La otra opción sería distribuir los aparatos en distintas habitaciones de la casa, y todas ellas equipadas con los servicios básicos: televisión, equipo de alta fidelidad y teléfono. Espacios específicos serían reservados a cada tipo de actividad, y de modo especial al trabajo «telematizado» o teletrabajo, es decir, el terminal que permitirá a muchas personas realizar su

trabajo, en contacto directo y permanente con la oficina o la fábrica y sin moverse de casa. Habrá también interferencias: ahora mismo ya resulta difícil hablar por teléfono desde la misma habitación donde funciona la televisión, y en un futuro inmediato los abonados a un servicio de videotex habrán de bloquear su línea mientras consultan un banco de datos desde su terminal.

En cualquier caso, y sin entrar en las consecuencias de este profundo cambio tecnológico, lo que sí parece que puede afirmarse es que empezamos ya a vivir el comienzo de una era en la que todo sistema de comunicación o de información deberá ser accesible a todo individuo, en todo lugar del mundo y en cualquier momento, y vamos hacia un tiempo en el que es tecnológicamente posible transmitir, almacenar y recuperar todas las ideas, las experiencias y los acontecimientos. Las dificultades y los problemas para llegar plenamente a esta situación podrán ser de carácter económico o político, pero no técnico. Y, como dice Arthur Clarke, en el año 2001 todo cuanto hoy poseemos seguirá funcionando en alguna parte, pero todo será anticuado.

Volviendo a Orwell y a 1984, este simple hecho debería bastar para construir una nueva sociedad humana, libre y abierta. Del mismo modo que las ondas hertzianas no respetan las fronteras políticas, ahora, a los 36.000 kilómetros de altitud un satélite de radiodifusión directa, los límites y las limitaciones nacionales carecerán de importancia. Y si reconocemos que, salvo contadas excepciones, todo tipo de información y de comunicación es beneficioso, tendremos que deducir que en el combate permanente del hombre por la libertad de información, la última palabra puede ser pronunciada no por la política, sino por la tecnología. Y esto valdrá lo mismo para la televisión privada que para la manipulación de bancos de datos y los modos en que los satélites de televisión directa puedan condicionar o modificar los actuales conceptos relacionados con la soberanía nacional.

Para Erik Barnouw, profesor de la Universidad de Columbia, la revolución electrónica, que ya está entre nosotros, afectará al

hogar y a la oficina, al trabajo y al ocio, a la información y a la persuasión, al estudiante y al profesor, al ciudadano y al gobierno. La base de la fibra óptica de vidrio es el silicio, abundante y barato, mientras que los cables actuales coaxiales utilizan el cobre, que es caro y escaso. Esta diferencia puede apresurar la electrificación y la «electronización» de las ciudades y los pueblos de todo el mundo. Las posibilidades técnicas de estas fibras, combinadas con los satélites, las computadoras y grabadoras electrónicas, crearán sistemas integrales de comunicación múltiple, instantánea e interactiva: comunicaciones de uno a uno, de uno a muchos, de muchos a uno y de muchos a muchos. Nacerá con ello un nuevo concepto tecnológico y sociológico: la telecomunidad.

Volviendo a la explicación de Barnouw, las cosas se desarrollarán así: en una de las paredes de la sala de su casa habrá una pantalla grande de televisión. En ella se podrá presentar una amplia variedad de imágenes, sonidos y datos, mediante botones de control.

Usted podrá, en primer lugar, llevar a la pantalla los sucesos del día, comedias, deportes, más o menos como la televisión actual. Pero también puede usted decidir ver un filme clásico que un sistema computarizado puede extraer de un archivo. O puede seguir un curso universitario, preparado y registrado en un almacén electrónico. Cada lección, cuándo y cómo la necesita, puede proyectarse mediante botones. Y una vez que usted se crea preparado, puede solicitar su examen: las preguntas aparecerán una tras otra en la pantalla, para ir las contestando por medio de botones o teclas. Luego vendrá su calificación, que quedará archivada en algún lugar de un banco de datos, para su alegría o para su vergüenza. Para profundizar en algún tema quizá necesite una información escrita en papel y no sólo proyectada en pantalla. Si usted maneja los controles correspondientes, puede obtener esta información de forma impresa.

Pero en vez de conversar con una máquina, quizá usted prefiera hablar con un ser humano, con su hija, en Barcelona o

en París, por ejemplo. No hay ninguna razón para que la función del teléfono, imagen incluida, no deba incorporarse al sistema integrado de comunicaciones. Y para llamadas de negocios pueden utilizarse sistemas de pantalla dividida, de modo que puedan participar en la conversación representantes de oficinas o empresas dispersas, incluso en continentes distintos. Una buena parte del trabajo podrá hacerse en la propia casa, con las instrucciones, los informes y los datos estadísticos transmitidos electrónicamente mediante palabras, manifestaciones visuales, impresos o una combinación de todo ello.

LA SOCIEDAD DE LAS TELECOMUNICACIONES

En *La sociedad interconectada*, James Martin recuerda que George Orwell tuvo, en 1949, una visión de la sociedad de las telecomunicaciones que desde entonces ha obsesionado a la industria electrónica (nosotros añadiríamos que la obsesión llegó también a otros muchos sectores de la sociedad y del pensamiento), pero que esta visión hubiera sido peor si Orwell hubiese conocido los ordenadores.

Vale la pena transcribir uno de los párrafos a que se refiere Martin «La telepantalla recibía y transmitía simultáneamente. Cualquier sonido que Winston (el protagonista) produjera, por encima del nivel de un bajísimo cuchicheo, sería captado, y, mientras permaneciera dentro del campo de visión que establecía la capa de metal, no sólo se le oiría, sino que se le vería. Y no había forma de saber si, en un momento dado, le estaban a uno observando»*.

*Para los autores del estudio, la telepantalla es el adelanto técnico que permite la percepción del mensaje programado por el Partido y la emisión de la respuesta, consciente o inconsciente, del receptor. Gestos, posturas, respuestas verbales, respiración, pesadillas, nada escapa al ojo de la telepantalla, que constantemente vigila. A su alrededor gira toda la vida, social e íntima, e incluso actúa como canal para liberar la ira y la agresividad acumuladas en una jornada y especialmente como consecuencia de los «Dos minutos de odio» de cada día.

Una excelente definición de la telepantalla de Orwell la encontramos en el trabajo «1984» y «Un mundo feliz», publicado en la revista *Mensaje y medios*.

La pantalla de Orwell —glosa por su parte James Martin— llega un poco más allá de las posibilidades actuales del Correo Británico, pero hay motivos de preocupación dentro del ámbito de la actual tecnología:

Primero: los aparatos para intervenir las conversaciones son ahora tan eficientes y pequeños que la escucha secreta electrónica resulta muy fácil de practicar.

Segundo: muchos y muy distintos ordenadores recopilan datos sobre los individuos. Unificados tales conjuntos de datos, podrían constituir un íntimo e importante *dossier* personal.

Tercero: el poder de la televisión moderna es inmenso, y en un régimen autoritario se puede utilizar como arma de persuasión, eliminando canales alternativos de información. Un régimen totalitario utilizará el medio para imponer sus opiniones al pueblo y para establecer servicios de escucha, para localizar a disidentes, con la ayuda de ordenadores.

Nosotros añadiríamos también los graves problemas derivados de la utilización de los bancos de datos, lo que exige un replanteamiento legislativo que defienda a la persona de las intromisiones y los riesgos de su pertenencia a una sociedad computarizada. La informática de masas —se dice en el Informe Nora-Minc— tendrá pronto en la vida cotidiana la misma influencia que hoy tiene la electricidad, pero con una importante diferencia: la teleinformática permite no el transporte de una corriente inerte o neutra, como en un cable eléctrico, sino información, es decir, poder. En la nueva sociedad cableada, quienes tengan acceso a la información dispondrán de un poderosísimo instrumento, lo cual supone, como contrapartida, un grave riesgo para quienes no dispongan de tales informaciones. Y

todo ello derivado de esta capacidad mágica de registrar, acumular, almacenar y recuperar datos mediante computadoras.

En otros campos, los problemas de una sociedad amenazada del síndrome 1984 pueden plantearse en los avances en psicocirugía, estímulos eléctricos o radiactivos de los centros cerebrales, terapéuticas químicas y una serie de sistemas de introducción en la vida privada, sobre los cuales la UNESCO ya dio la voz de alarma y que pueden ser visuales, auditivas, psicológicas y físicas, además de las originadas por la vigilancia mediante ordenador electrónico, que puede llevarnos a una computarización de nuestra propia vida.

Hace ya veinte años, Vance Packard, en su conocido libro *Las formas ocultas de la propaganda*, denunciaba cómo se intenta manejar los mercados, las creencias y las elecciones políticas, con técnicas basadas en los nuevos conocimientos y teniendo a la vista las necesidades, los deseos, los temores y las frustraciones del público consumidor. Y ya entonces, Vance preveía lo que ya comienza a ser una realidad: la persuasión llevada a sus últimos grados mediante el biocontrol, es decir, la posibilidad de regular los procesos mentales, las reacciones emotivas y hasta la percepción sensorial utilizando señales eléctricas. Los experimentos con animales de nuestro compatriota el doctor Rodríguez Delgado son lo suficientemente aleccionadores.

EL PRIMER AYUNTAMIENTO ELECTRONICO

En el capítulo dedicado a "La democracia del siglo XXI", Alvin Toffler adelanta en *La tercera ola* las posibilidades fascinantes, pero al mismo tiempo aterradoras, de la electrónica para que la sociedad pueda participar de modo directo y prácticamente instantáneo en la toma de decisiones sobre materias graves y, en general, en la vida política. La verdad es que los actuales sistemas democráticos, que en su momento supusieron una conquista social, en nuestro tiempo adolecen de torpeza y de imperfecciones, cuando los representantes que hemos elegido o

sus correspondientes grupos políticos deciden cuestiones de carácter ejecutivo o legislativo en aspectos muy complejos y en ámbitos que, en puridad, no habíamos pensado al votarles, pues puede incluso darse el caso de que no figuren en el programa electoral o que respondan a problemas surgidos después de las elecciones. Por ello, habremos de utilizar las votaciones y las encuestas de una forma radicalmente nueva y gracias a las facilidades que nos ofrece la electrónica.

Como observa Toffler, en el mundo en que nos estamos adentrando, con sus ricas tecnologías de comunicaciones, hay muchas formas para que la gente manifieste sus opiniones sobre aspectos concretos y urgentes sin necesidad de que pise un colegio electoral, de modo análogo a como nuestros diputados manifiestan su voto sin tener que pronunciar una palabra, sólo apretando un botón. Lo que no puede saberse hoy es qué consecuencias tendría todo ello para las actuales estructuras de partido, pero ésta es otra cuestión.

El uso combinado de computadoras, telecomunicaciones avanzadas y métodos de encuesta permitiría hoy no sólo seleccionar una muestra del público, sino también mantener esa muestra actualizada y suministrarle información sobre los temas que van a tratarse. Esta muestra elegida al azar podría incluso participar, con un porcentaje que se determinaría, en las votaciones de las cámaras legislativas, junto a los propios legisladores.

Se plantea aquí un problema grave, que Toffler no sólo no soslaya, sino que trata de afrontar: el riesgo de una reacción excesivamente emocional del público, ya que los diputados se supone que deben actuar con mayor frialdad y conocimiento de causa. Pero sería posible exigir un período de enfriamiento o una segunda votación antes de llevar a la práctica decisiones importantes adoptadas mediante referéndum o a través de estos futuros sistemas de democracia directa.

El propio Toffler recuerda la imaginativa solución del gobierno sueco, cuando convocó al pueblo a participar en la formulación de una política energética nacional. Comprendiendo que la mayoría de los ciudadanos carecían de adecuados conocimientos técnicos sobre las diversas opciones en este campo, desde la solar hasta la nuclear pasando por la geotérmica, organizó un curso de diez horas e invitó a los ciudadanos a que se inscribieran en él o en otro equivalente, para que pudieran obtener los elementos de juicio necesarios antes de emitir el suyo propio. Sindicatos, partidos y centros de educación de adultos montaron también sus propios cursos. Se esperaba una participación en torno de las diez mil personas y, para sorpresa general, acudieron entre setenta y ochenta mil a las discusiones organizadas en hogares y centros comunitarios.

Y todo esto no es futuro impreciso y vago, sino que puede convertirse en realidad, y de hecho Toffler cita un caso de democracia directa en el que llama "el primer ayuntamiento electrónico del mundo", en un pequeño suburbio de Columbus (Ohio). Utilizando un sistema interactivo de comunicaciones, sus habitantes participaban realmente, por medio de la electrónica, en una reunión de la comisión local de planificación. Oprimiendo un botón en su propia casa, podían votar instantáneamente sobre propuestas relativas a cuestiones prácticas como delimitación de distritos, construcción de carreras, temas de vivienda, etc. Y no sólo podían votar, sino también participar en la discusión.

Esta es —dice Toffler— sólo la primera y más primitiva indicación del potencial del mañana para la democracia directa. Utilizando ordenadores avanzados, satélites de comunicaciones, teléfonos, televisión por cable y otros medios, una ciudadana instruida e informada podría, por primera vez en la historia, empezar a participar en la toma de decisiones políticas.

¿QUE MUNDO VAMOS A DEJAR A NUESTROS HIJOS?

En la mesa redonda organizada por la UNESCO sobre el tema "¿Qué mundo vamos a dejar a nuestros hijos?", el escritor japonés Michito Inukai recordaba cómo cuando George Orwell publicó en 1949 *Rebelión en la granja* y luego 1984, muchos lectores consideraron estos libros como simples productos de la imaginación del novelista. Pero —dice Inukai— desde entonces se ha tenido que reconocer en estas obras la anticipación de una de las más graves realidades de nuestro tiempo: la aparición de sistemas totalitarios y autocráticos, que exige de los seres humanos una completa entrega intelectual. Y aquí incluye el escritor japonés las limitaciones a la libertad de expresión, el atropello a los derechos humanos, la falta de libre comunicación entre los pueblos que viven bajo diferentes sistemas políticos y la falta de libertad del hombre para crear, elegir, amar, desear. "Cada persona debe llorar, reír y pensar como y cuando el sistema se lo ordene".

En el documento final de la mesa redonda se formula un diagnóstico escalofriante sobre la situación del mundo y sus oscuras perspectivas: la proliferación de los armamentos ha alcanzado un nivel sin precedentes en la historia del planeta y la contribución de cada uno de nosotros a los gastos militares, en forma de impuestos, representa un promedio de dos semanas de salario anual. Una cuarta parte de las actividades científicas está consagrada a la fabricación de armas. La explosión demográfica se traduce cada año en un excedente de nacimientos del orden de 75 a 80 millones de seres. La energía del globo procedente de los combustibles fósiles se agotará rápidamente, a un ritmo diez veces superior a las posibilidades anuales de sustitución. Las principales potencias exportan inflación. Las desigualdades económicas aumentan en vez de reducirse, y ello a escala nacional e internacional. El imperialismo económico ha sustituido (en gran parte) al militar.

Las ciudades se desarrollan de tal modo que, según todas las previsiones, en el año 2000 la mitad de la población del mundo

1984: ¿Se cumplen las predicciones de Orwell?

habitará en grandes aglomeraciones urbanas. Y si se mantienen las tendencias actuales, ese año habrá mil millones de personas sin empleo.

El documento precisa que en un mundo así configurado, la confusión, la escasez, la desnutrición y la amenaza permanente de un aniquilamiento total pesan como una oscura nube sobre el porvenir de nuestros hijos.

Esperemos que el año 1984, el elegido por Orwell para su terrible anticipación nos dé ocasión para reflexionar y para tratar de afrontar con inteligencia y generosidad los gravísimos problemas que nos angustian. La ciencia y la tecnología pueden ofrecer soluciones a una buena parte de tales problemas, pero sé necesaria la decisión de las comunidades humanas y de sus dirigentes para transformar la increíble y gigantesca innovación de nuestro tiempo en proyectos y planes a corto y medio plazo, con la mirada puesta en el mejoramiento del ser humano.